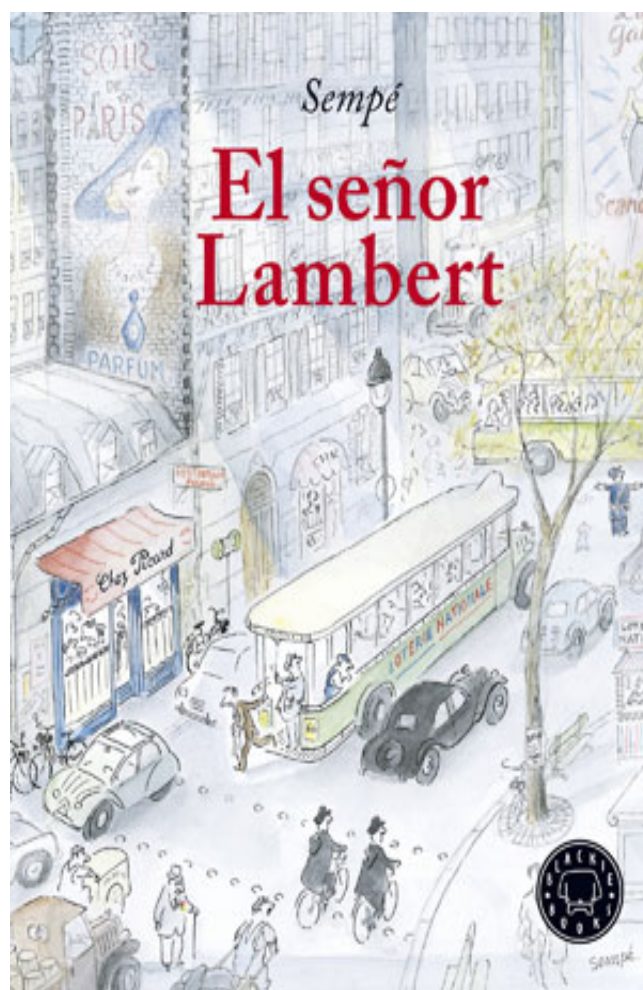


**El señor Lambert, de Sempé (Blackie Books)** Traducción de Miguel Azaola | por Juan Jiménez García



Ay, Sempé. Cuántos días pasados con él. Y con Goscinny y el pequeño Nicolás. Creo aún recordar sus nombres. Tal vez porque se los puse a aquellas tortugas de agua que tomaban el sol sobre la lavadora, en aquella isla desierta artificial de plástico y palmera de plástico. Era feliz. Sempé siempre me ha transmitido esa especie de felicidad de trazo mínimo, como lanzado al azar de unas existencias tremendamente francesas. Y yo entonces quería ser irlandés, pero me valía igual. Hay ciudades que solo existen en nuestra imaginación. París es una. El París de Sempé. Tan tremendamente cierta que no podía existir. Tan tremendamente necesaria que no podía existir. Luego pasaron los años. Entonces encontramos aquel restaurante francés, una bistró. Y a François, que tenía una casa a medio hacer y un conejo correteando por ella, y que luego fue señor de una castillo, o algo así. Y en la bistró, libros y cosas de vete a saber qué año. Y de algún modo, ahí estaba Sempé otra vez. Ahora, cuando ya ha pasado tiempo de eso, mucho, El señor Lambert lo reúne todo: inocencia y bistró. Lo edita Blackie books y es una maravilla.

El señor Lambert es un hombre de costumbres. También todos frecuentadores de Chez

Picard, un modesto bistró siempre lleno. De gente, de palabras, de conversaciones repetidas una y otra vez. La política, el fútbol, el fútbol, la política, la comida que viene y que va, Lucienne que viene y que va con la comida. Y el vino. Rituales que se han perdido, que han dejado paso a otros rituales, más tristes. En aquel rincón de París, el señor Lambert come su menú del día y habla de fútbol. De política se habla en otra mesa y entre ambas, el siempre ocupado señor Cazenave, que vive a mil por hora y no entiende como los demás pueden vivir tan tranquilos. Un día, el señor Lambert se retrasa. Y otro día. Y un día no aparece. Y entre todas esas conversaciones surge la duda de qué es del señor Lambert. Pero uno no pregunta esas cosas por educación (oh, otra cosa inconcebible hoy en día) y porque si uno quiere compartir algo lo comparte y ya está. Y sí. Otro día aparece y que es el señor Lambert anda detrás de una señorita, entre autobuses. ¡El amor! De pronto todo cambia. Sí, siguen siendo ellos mismos, pero las mujeres atraviesan sus pensamientos y ya no hay fútbol, ni política. Sí, la comida sí. Y el vino. Y el señor Cazenave sigue teniendo prisa y no entiende muy bien cómo se puede tener tiempo para las mujeres. Le dará algo, algún día.

No, Sempé no nos ha dejado nunca porque su mundo es nuestro mundo. No el real, sino el soñado. Con ese humor frágil, lleno de matices, de palabras que sobrevuelan unos personajes familiares a los que nunca hemos llegado a encontrar y sin embargo son tan cercanos. Un humor no para la carcajadas sino para la sonrisa, que es como esa forma matizada del humor. Momentos de vida, de las nuestras. Sí, los días pasan, como esos ratones roedores de tiempo de Guillaume Apollinaire. Y sí, nos gustaría que fueran tan ligeros como el dibujo de Sempé. Y sí, tal vez no será siempre así, pero todo esto se olvida con Marcelin o el señor Lambert. Otros mundos son posibles. Otros tiempos. Otros encuentros.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

---

**Fellini en Roma, de Tyto Alba (Astiberri) | por Juan Jiménez García**



En algún momento aprendimos a ver las ciudades, nuestras ciudades, como las veía Federico Fellini. Nuestras noches eran sus noches, nuestras plazas sus plazas, estos habitantes nocturnos sus habitantes nocturnos. También que el sueño no es un estado diferente de estar despierto, sino una especie de continuación. El pasado un momento del presente. Los recuerdos siempre ahí. Todas las cosas se confunde. Michel Leiris, un surrealista más entre aquellos primeros surrealistas, soñaba con su vida, liberada de las ataduras de la conciencia, tal vez. Con ello escapaba a aquella idea de los sueños espontáneos demasiado conscientes. No. Soñar no es un acto poético (no necesariamente) sino un acto liberador. De nosotros mismos. Y todo eso, de nuevo, lo encontramos en Federico Fellini. Amamos tanto a Federico Fellini. Luego el tiempo lo dejó convertido en un adjetivo. Es triste.

Tyto Alba con su cómic, novela gráfica, devuelve al cineasta a Roma. Nunca se fue de ahí, como nosotros no nos hemos ido de él. Si nuestras ciudades son la suya, no tenemos otra Roma que aquella que él frecuentó. Es más, que reconstruyó. Hecha de retazos cambiantes de su imaginación, puesto que para él nada sabe y todo se imagina. Una reescritura constante de su vida. Por la obra de Alba desfilan algunas de sus obsesiones, en especial la pequeña Giulietta Masina, aquella otra

necesidad. O Marcello Mastroianni, que era él, o su otro yo. O todo junto. Pero sobre todo desfilan sus sueños, es decir, su vida. Aquella película que escribió durante años, desde que llegó de ese Rimini más tarde destruido por los bombardeos aliados pero indestructible en su cabeza, en sus películas, en aquel *I vitelloni* o en *Amarcord*.

Roma, ciudad sagrada. De iglesias, de curas y monjas. Ciudad nocturna. La noche. Paisajes en la niebla atravesada por un Fellini de todas las edades, en todos los estados. El sueño, antes del sueño, después del sueño. Tyto Alba lo entiende muy bien. La vida de Federico Fellini, su cine, es una sucesión de cuadros, de encuentros con personas, naturales o sobrenaturales. Una sucesión de escenas de películas rodadas y sin rodar. Roma es un enorme escenario reconstruido en los estudios de Cinecittà. Qué bello es este libro. La calidez de los azules, del color de esa tierra de la que el cineasta fue habitante ocasional. El deseo de querer ser. Dibujante, amante, marido, director de cine, payaso, soñador, paseante solitario.

*Fellini en Roma* es un libro sigiloso. Lleno de voces y de personajes pero terriblemente sigiloso. Una contradicción más del personaje retratado. Al ruido, a la tormenta, le llegaba esos momentos de recogimiento. Las calles vacías, las plazas desiertas, la playa que se pierde en el horizonte, los monstruos marinos que se pierden en la playa. Los colores que se pierden en la hoja en blanco. Los colores que se encuentran con la hoja en negro. Un gato. Negro. Anita. Gigantesca. Giulietta, apenas nada, pero todo. *Si todos hiciéramos un poco de silencio, tal vez entenderíamos algo*. Qué bonito paseo el de Tyto Alba por Fellini, convertido en una geografía fantástica. Sí. Amamos tanto a Federico Fellini. Perdimos tantas cosas un día, algunos días, hace muchos años...

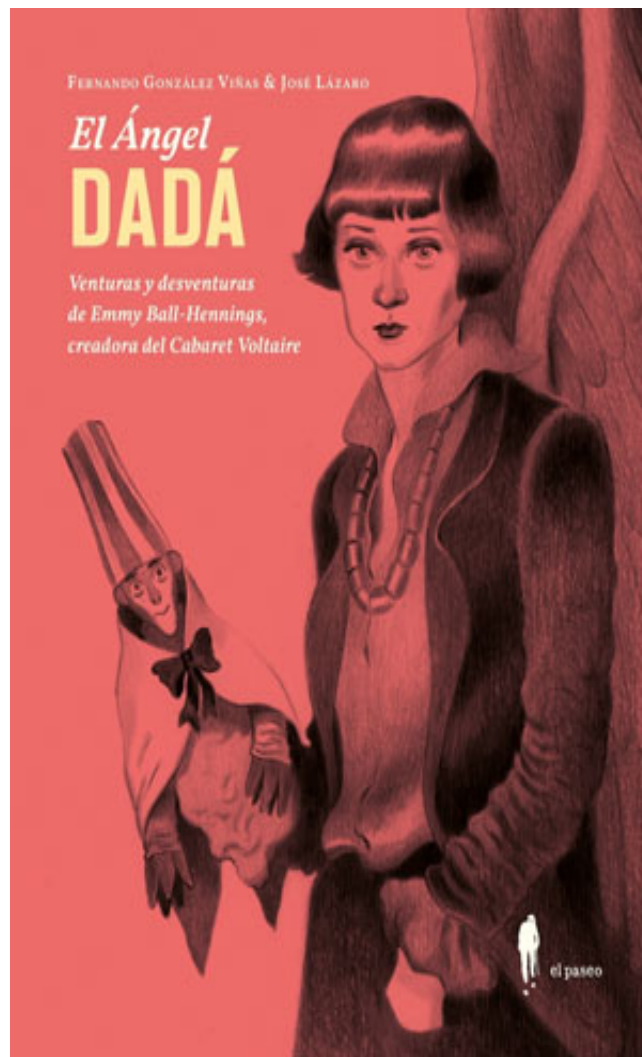
[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir



En no pocos movimientos de vanguardia de principios de siglo, la mujer representó un papel fundamental. No es que representara ningún papel. Es que estaba y estaba como lo estaban otros artistas y seguramente no se hacían tantas preguntas ni esperaban respuestas que difícilmente se pueden dar. Tal vez era una inocencia que hemos perdido. No es que entonces fuera más fácil. Muchas de esas mujeres se convirtieron en las mujeres de aquellos hombres. E incluso en motivo de disputa. Pero su obra sigue ahí. Tan válida o tan caduca como las de los demás. Sí, la palabra musa siempre la tenemos lista ahí. Porque también en la cultura nuestro vocabulario no llega a las quinientas palabras, incluyendo todas aquellas manoseadas y que ya no sabemos qué significan. Emmy Hennings fue una de ellas. Su obra, más allá de algún libro de poemas, fue su propia vida. Y la vida que se desarrolló alrededor de ella. Es tan desconocida como lo puede ser Hugo Ball, su marido (no nos engañemos... preguntados por el dadaísmo, solo los alumnos avanzados llegarían a Tristan Tzara). Y ellos fueron los que fundaron la fugaz piedra angular del dadaísmo: el Cabaret Voltaire. Un lugar para reivindicar la nada.

La vida de Emmy Hennings no fue fácil. Nació en 1885 lo cual era la promesa de

unas cuantas guerras. Y hambre, pero para eso da igual el año. Su vida discurrió entre Alemania y Suiza y unos cuantos sitios más, pero cuando se es pobre todo los sitios se parecen. Pero cuando se es artista, al menos es interesante ver con quién compartes toda esa miseria. Ella la compartió con algunos de los personajes que marcarían esas vanguardias incluso ya antes de que esas vanguardias tuvieran un nombre a reivindicar. Pero hasta llegar allí, se pasó sus días cantando en cualquier local que quisiera oír la cantar y prostituyéndose. Tiene una hija y es como si no hubiera tenido nada. La deja junto a su madre y ella sigue, como decía aquel ruso, con su vida y su destino.

Su contacto con los círculos artísticos de Munich (verdadero origen del dadaísmo o, mejor, de un nuevo arte, en tiempos en los que la guerra estaba por todas partes... 1913), le permite desarrollarse como artista y también encontrarse con Hugo Ball, que será un cambio definitivo en su vida. Emmy no tiene aún treinta años y lo ha visto todo. El infierno, muchas veces, y el paraíso a ratos, brevemente. Ball vive en un mundo paralelo, más cerca de la santidad que otros muchos. Él le aportará la tranquilidad, una vida sin sobresaltos, pero en busca de una plenitud artística. Se unirán a otra compañía de cabaret (leer *Flametti o el dandismo de los pobres*, el relato de aquellos años) y al final, disuelta esta por los problemas de su dueño con las menores, fundan el Cabaret Voltaire, que no durará mucho pero lo cambiará todo. Allí se reunieron los dadaístas y gritaron al mundo que el arte ya no existía, que existía dadá, y que dadá era nada.

Acabado aquello, Ball y Hennings salen de escena. Una guerra, una posguerra que verá nacer el surrealismo de los restos aún humeantes del dadaísmo, otra guerra por venir. Ball no la verá. Ni tan siquiera el nazismo. El relato se acaba aquí. Fernando González Viñas, a las palabras, y José Lázaro, a los lápices, trazan ya no el relato de una vida apasionada, la de Emmy Ball-Hennings, sino el de toda una época alrededor de ella. En ese relato, entre lo bello y lo triste, nos enfrenta a unos años nada gloriosos que ahora recordamos con la nostalgia del que nada perdió allí. Ninguna inocencia.

[...]

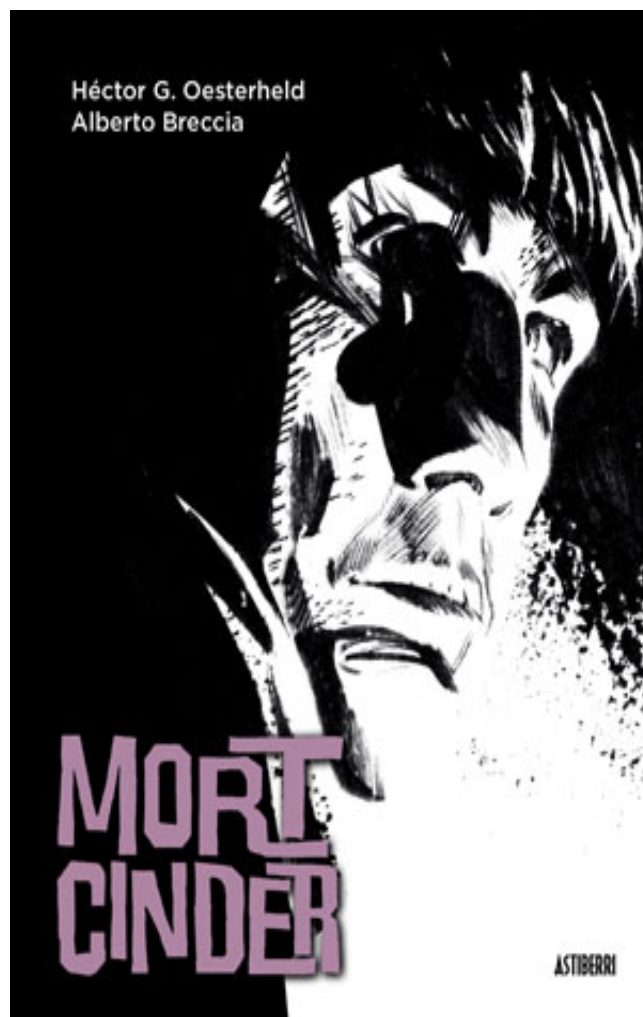
Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

---

***Mort Cinder*, de Héctor Germán Oesterheld y Alberto Breccia (Astiberri) | por Juan Jiménez García**



Hay un tiempo para todo. También para *Mort Cinder*. Obra y personaje. Publicado entre 1962 y 1964 por la revista argentina *Misterix*, Astiberri lo recupera ahora (y recuperar no es una palabra vana) en una edición de lujo. De lujo porque respeta aquello que había y porque recupera algunas cosas que se quedaron ahí, como el guión de Oesterheld para una aventura del personaje en el Oeste y que se quedó ahí. El caso es que tener ahora esta obra maestra del cómic, ahí, no es cualquier cosa. Es perderse en la profundidad del blanco y del negro. O, como dice acertadamente Juan Díaz Canales en su prólogo, del blanco sobre el negro. Porque el blanco, la luz, el contraste, la otra parte, el vacío, en la obra de Breccia se convierte en el elemento dramático, habitantes de la oscuridad.

*Mort Cinder* vuelve de entre los muertos. Tantas veces como sea necesario. Oesterheld decide no explicarnos nada. Tal vez algún apunte vampírico, pero ninguna sangre es buscada. Simplemente ha atravesado todos los tiempos, en todos ellos ha muerto y de todos ellos ha vuelto, una y otra vez. Solo en *Los ojos de*

*plomo* surge la amenaza de que este ciclo se detenga, en una historia que tiene algo de Poe, quizás solo mi impresión. El otro personaje, el primer protagonista, el telonero, el fácil Watson, es Ezra Winston, un viejo anticuario. A él le corresponderá abortar los intentos del malo que pretende conquistar el mundo y devolver a un nuevo tiempo a ese Mort Cinder. Las citas misteriosas, la marca indeleble, el cementerio, las miradas plomizas de seres hipnotizados y suplantados. El misterio está ahí, en todas partes. La aventura. Las tinieblas y la luz, los rostros surcados de mil líneas de vida o de muerte. *Los ojos de plomo* es la entrega más extensa y también un mundo aparte que se cierra sobre sí mismo con ruido de losas. A partir de ahí quedan los personajes. Y la aventura. Se va el misterio, queda la acción. El pasado presente.

Ahí la serie toma su forma. Una magdalena proustiana en forma de objeto encontrado nos trasladará al pasado de la mano del inmortal. La guerra, las guerras. Las tumbas faraónicas. Una prisión de la que escapar una y otra vez. Un vitral inca. La esclavitud. Las ópticas son diferentes, porque como Breccia con su dibujo, Oesterheld recorre infinidad de caras de ese prisma. El humanismo de *La madre de Charlie*, esa reflexión sobre las cobardías inevitables de una juventud llevada a una guerra perdida (como perdidas son todas las guerras). El misterio (de nuevo) de *El vitral*. La emoción, el heroísmo, los espectaculares enfrentamientos de *La batalla de las Termópilas* (o el compromiso, pese a todo; la naturaleza humana, o inhumana). La prisión a través de dos historias, una de liberación y otra de expiación. Como también podría serlo esa historia *La tumba de Isis*. Sobre todo ello hay una cierta melancolía de tiempo pasado como tiempo perdido. De irremediable destrucción más allá de las personas. Mort Cinder sobrevive, muerto una y otra vez. Pero solo él permanece. Todo lo demás se desvanece, el olvidado y repetido de nuevo, con formas distintas. A veces algo de luz, como esos blancos sobre todo esos negros.

El trabajo de Alberto Breccia es formidable. En él parecen recogerse las esencias de las que otros se apropiarán después, aun reconociéndole. Nada le es ajeno. La fuerza de las narraciones se multiplica. Cada viñeta es un mundo que vive armónicamente o en conflicto con todo lo que le rodea, como si fuera algo vivo. El negro desgarrá las páginas, como desgarrá los rostros, siempre atravesados por ese dibujo, nunca ajenos a él. El tiempo se instala en todo los trazos y en todos los recuadros. La expresividad debía ser eso. El uso intensivo de los recursos, ajeno al desfallecimiento. Y sin embargo no acabamos agotados. Como si también en el cómic estuviera esa relación entre la fuerza, la inmortalidad, de Mort Cinder, y la serenidad, la calma, del viejo Ezra Winston.

Tras *Mort Cinder*, el vacío. El blanco. La nada. Aún con nuestra cabeza llena de todas esas imágenes y esas narraciones. Homenaje inconsciente a ese blanco, una última historia que no se dibujó. Solo está el texto mecanografiado de Héctor G.



Oesterheld. Era una historia del Oeste. De pérdidas. De balas. Y tras ella, el intento de recuperar al personaje. Apenas una nota. No salió. Poco importaba ya. Mort Cinder no va a morir nunca.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

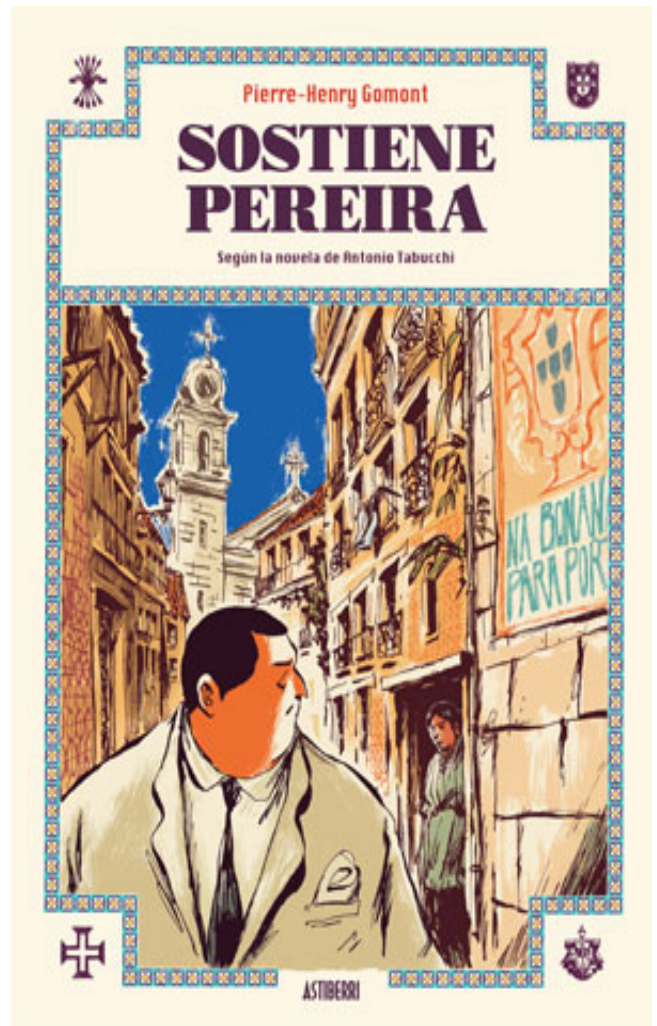
Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

**Sostiene Pereira, de Pierre-Henry Gomont (Astiberri)** Traducción de Carlos Gumpert  
| *por Juan Jiménez García*



¿Quién se acuerda ya de Antonio Tabucchi? Y lo peor, ¿por qué le hemos olvidado? Escritor fugaz, tuvo su momento. Ese instante en el que una obra te pone en tu lugar, para luego pasar a ser ella y solo ella y quién sabe por cuánto. Y así Tabucchi fue *Sostiene Pereira*. Pero los noventa quedaron atrás, una década de una extraña riqueza que conviene visitar, lejos de los deslumbramientos del nuevo milenio. Y en ellos se quedó Tabucchi, Pereira y hasta su adaptación cinematográfica, protagonizada por Marcello Mastroianni. Ahora Pierre-Henry Gomont lo recupera en formato novela gráfica, y aquella historia vuelve a tener algo de presente, como lo tenía entonces. Tal vez porque 1938 no está tan lejos. O tal vez porque Pereira sigue siendo aquel personaje necesario. Antonio Tabucchi era italiano, pero amaba profundamente Portugal. Traductor de Fernando Pessoa, no solo se transmite en su obra todo ese amor por un país sino también aquello que ellos conocen como *saudade* y que nosotros conocemos como melancolía, un sentimiento bien presente en esta obra.

Estamos, como decía, en 1938. La guerra civil española se aproxima a su final. Mussolini afianza su poder en Italia y Hitler ya es algo más que una amenaza. En Portugal está António de Oliveira Salazar, que ya lleva tiempo en el poder pero que ha instaurado lo que llaman el Estado Novo, con amplias influencias del

fascismo, si acaso algo más dulce pero no menos peligroso. Partidario de Franco, Portugal no es ajeno a la situación en España. Pereira se ocupa de la sección de cultura del diario Lisboa, un diario nacionalista, como tantos otros. La sección de cultura no es que interese a mucha gente. Ni antes ni ahora. Allí publica traducciones de sus amados franceses, lo cual puede ser inocuo si se trata de Balzac, pero peligroso según la elección. Un día, descubre un texto sobre la muerte, escrito por un tal Francesco Montero Rossi. Es un joven sin ocupación alguna y le propone escribir necrológicas. De los vivos, por lo que pueda pasar. A través de ese joven y de su novia anarquista, Marta, la vida de Pereira empezará a tambalearse, como lo hace su propio corazón. En esos años terribles, en la espera de unos años aún más terribles, ¿puede seguir uno impasible, refugiado en un puñado de libros y una fotografía?

Pierre-Henry Gomont nos devuelve un Portugal otoñal porque otoñal lo es todo. El estado del mundo, en camino hacia un invierno de años, el estado de ánimo de Pereira, hacia el final de una vida en la que le asaltan las preguntas. Para Gomont, la conciencia son un montón de hombrecillos que nos asalta en cualquier momento. Los recuerdos, una fotografía que habla, hasta que ya no tiene nada más que contar. La ciudad, aquellos rincones que nos quedan. El campo, aquellos rincones que esperamos, fugaces. La noche, un instante. Fugaz. Su dibujo respira de ese mismo amor de Antonio Tabucchi por aquella patria perdida, que tiene poco que ver con fronteras y banderas y mucho con emociones, con sentimientos. Pereira poco creía saber de todo eso, pero si conoce el miedo, como cualquier animal, y lo que es vivir asustado, lleno de funestas intuiciones. La libertad está en cada uno, apenas un gesto. Decía Tadeusz Kantor, que él siempre había sido una persona libre, incluso con la ocupación alemana, incluso con el comunismo. Y, a ratos, uno empieza a comprender que significa eso.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

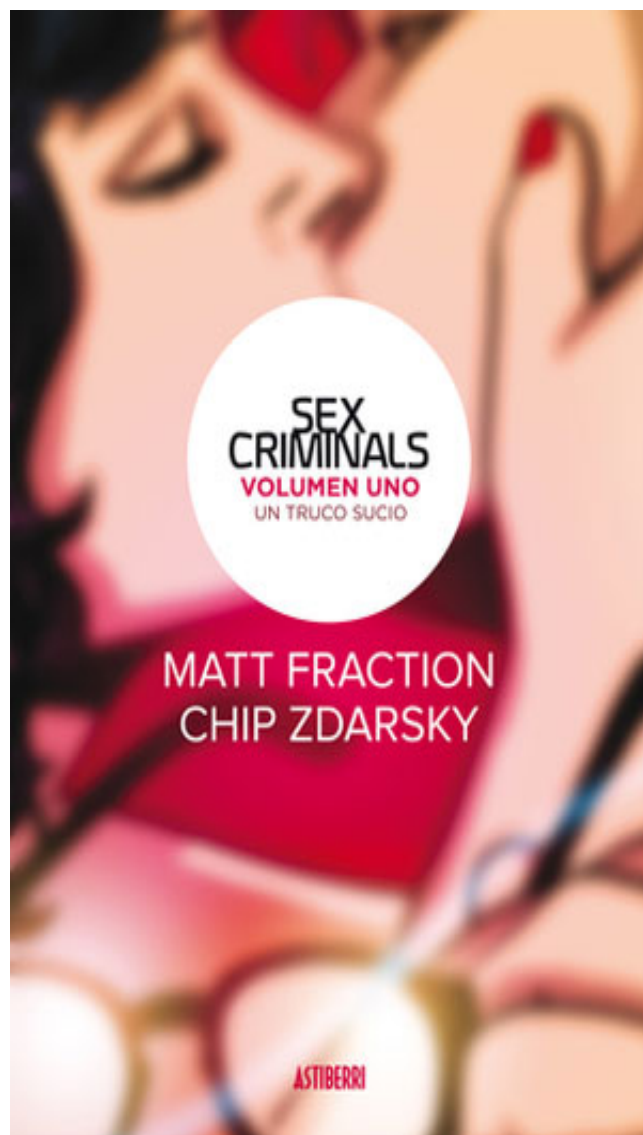
Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

**Sex Criminals 1. Un truco sucio, de Matt Fraction y Chip Zdarsky (Astiberri)**



Los franceses, que siempre han tenido un cierto sentido poético de las cosas, como los alemanes lo podían tener filosófico, llaman al orgasmo, a ese instante, *la petite mort*, es decir, la pequeña muerte. Al contrario de aquel señor Parvulesco (que se parecía tanto a Jean-Pierre Melville), no es una cuestión de ser inmortal para después morir, sino siendo un poco superlativos, de morir para ser inmortal. Lo cierto es que ese instante, por el que tantas tragedias han sucedido (creo recordar a Louis-Ferdinand Céline), es el protagonista de *Sex Criminals*. Con guión de Matt Fraction y dibujo de Chip Zdarsky, Astiberri publica su primera entrega, *Un truco sucio*, y por todo, por el conjunto, ganaron, allá por el 2014, el Premio Eisner y el Harvey, lo cual ya nos anticipa cosas.

Volvamos a esa muerte en pequeño con resurrección incluida. En *Sex Criminals* no es la vida lo que se detiene (al menos no la propia), sino el tiempo. Suzie descubre un día, que, al llegar al orgasmo, alrededor suyo todo queda suspendido en ese preciso instante. Lo descubre bien temprano, pero tarda algo más en encontrarle un

sentido, en entender que está ocurriendo. Lo que está ocurriendo es que mientras ella sigue, los demás se han detenido. No es cuestión de un segundo, sino que tiene algo de tiempo, no mucho, para habitar en un mundo congelado lleno de posibilidades por descubrir. Las posibilidades las descubre cuando se encuentra con Jon. Jon tiene la misma habilidad (uno no debe sentirse nunca demasiado original) y, juntos, empiezan entregarse al deseo y a la búsqueda de esa suspensión de aquello que les rodea. Y, por qué no, aprovecharla. Para robar, por ejemplo. Pero, ya sabemos aquello de que no hay dos sin tres y seguramente tres sin cuatro cinco o seis, y, como en este mundo tiene que haber de todo, a sus instintos delictivos les salen al paso los instintos policiales de otros.

Bajo tal argumento, la primera entrega de este *Sex Criminals* se instala en la exploración del deseo. La infancia y juventud de dos superhéroes con un solo poder, pero suficiente para dominar el mundo, aunque solo sea brevemente. Dos superhéroes que responden a las características de un supervillano, pero que no aspiran a conquistar el mundo, sino el placer, lo cual ya sería un motivo para estar de su parte. Ni que decir tiene que Matt Fraction se aproxima al tema con todo el humor del mundo y, no exento de erotismo, este es el verdadero motor del relato. Una tierna pero picante ironía, que entronca con el dibujo de Zdarsky y sus ensoñaciones, sus accesos a una realidad mágica, algo boreal, próxima a la ensoñación.

Finalmente la historia se decanta más por los criminales que por el sexo. Pero, sobre todo, por divertirse (cosa que se trasmite en cada detalle del cómic). Lejos de encerrarse en su premisa orgásmica (que no hubiera ido muy lejos y más habiendo renunciado a lo explícito), Matt Fraction y Chip Zdarsky se instalan en el humor desenfadado y desprejuiciado, en dirección hacia el enfrentamiento de dos mundos: el placer frente a su contrario (o sus contrarios). Buenos cómics por venir.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

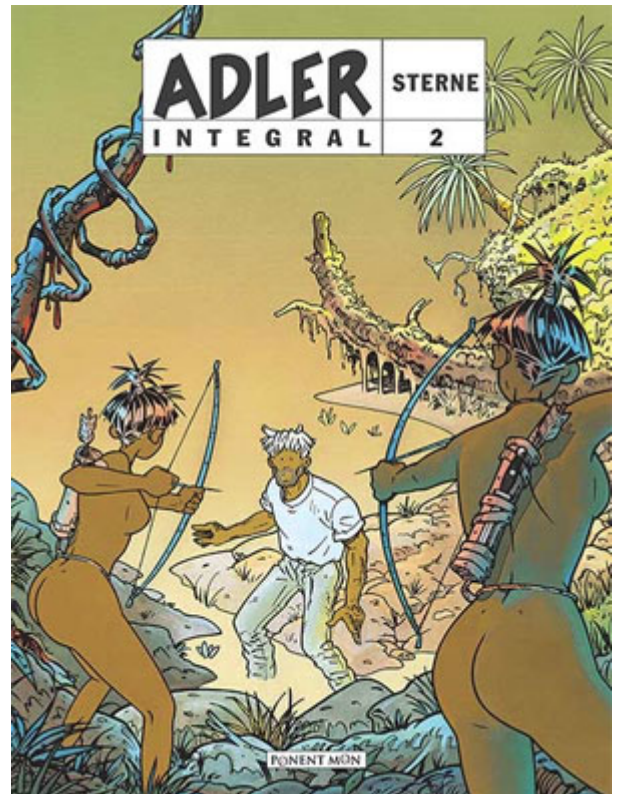
Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

**Adler integral, de René Sterne (Ponent Mon)** Traducción de Inés Clavero | por Óscar Brox



Seguramente, la épica de los últimos aventureros queda cada vez más lejana en el tiempo. A medida que el mundo descubre sus rincones secretos o que, en definitiva, echamos en falta a aquellos héroes clásicos que no cejaban en su empeño, orillando los placeres del retiro dorado en busca de una vida de aventuras. Aunque creado a finales de los 80, René Sterne ambientó la historia de Adler durante los últimos coletazos de la posguerra, cuando el mundo comenzaba a recolocar las piezas del tablero en busca de un progreso, tal vez de una realidad, que borrara el amargo recuerdo de la guerra contra Hitler. No en vano, el propio Adler era un desertor de la *luftwaffe* perdido en un continente de aventuras, siempre a bordo de su avión, de escala en escala. De ahí, pues, que Sterne lo enfrentase a sus antiguos compañeros, a piratas, caudillos e, incluso, a unos rusos que, ajenos a cualquier sentimiento de apertura, continuaban alimentando la máquina del Gulag a base de purgas ideológicas. El objetivo, más allá de beber del conflictivo contexto histórico mundial, se trataba de mostrar la aventura en su sentido más puro, total, encarnada en los rasgos de un héroe casi inmortal.

El segundo, y último, volumen integral de *Adler* contiene los cinco álbumes creados por Sterne antes de abandonar la serie para dedicar sus esfuerzos a *Blake* y *Mortimer*, acaso la gran gema del cómic francobelga. Por ello, uno no puede evitar leer cada álbum con el sentimiento de que en breve se agotarán las viñetas, las

travesías de punta a punta del Pacífico, la gasolina que alimenta el motor del avión de Adler. Difícil combatir esa ansiedad con la que se disfruta del extraordinario detalle, de la limpieza formal, con la que Sterne ponía en escena las desventuras de su héroe. Situándonos en la cabina, entre las hierbas altas de la selva, en mitad de una emboscada o rozando la piel del último aborigen. Difícil, también, aparcar la implacable moralidad de Adler, trufada de blancos y negros, capaz de distinguir entre el bien y el mal sin dejarse tentar por el deseo de poder que corrompía a tantos hombres. Difícil, en definitiva, rechazar el atractivo de una historia de aventuras contada como si se tratase de la última historia de aventuras. Crepuscular, ambiciosa, humana.

La belleza del dibujo de Sterne se entremezcla con el dinamismo que confiere a cada viñeta, con ese preciso sentido de la narración que, una y otra vez, elude cualquier rodeo para capturar en toda su visceralidad la dimensión del héroe. En esas historias en las que Adler sufre al conocer el secuestro de Helen, la antigua amante retenida por un caudillo al servicio del Reich. O en esas otras en las que los lazos emocionales cultivados con dos indias telépatas le llevan hasta el último ejercicio de valentía para conseguir salvar sus vidas. Porque *Adler* siempre parece dibujar la eterna pugna entre valentía y corrupción, integridad y debilidades morales, sin que a Sterne le tiemble el pulso a la hora de describir una violencia hiriente, frontal, que pone una pizca de autenticidad en el ambiente. Como una llamada de atención sobre ese mundo vulnerable, demasiado humano, que dejó la estela de la 2ª Guerra Mundial. Tal vez por eso, se entienda mejor el giro final de la serie, una vez resuelto el arco argumental que envuelve al rescate de la antigua amante de Adler. En un mundo capturado por el influjo de un mal antiguo, primitivo, explotado por el horror nazi, no hay otro lugar posible de destino que los campos de trabajo del Gulag. Allá, en la fría Siberia -qué diferencia con el retrato cálido, paradisiaco, de Tahití durante los primeros álbumes-, Adler alcanza su última aventura. La fuga final. El enfrentamiento con la postrera viñeta. Con la huida de un espacio del que, como señala el propio relato, nadie ha conseguido escapar.

Conscientemente o no, Sterne eligió el Gulag como última aventura a sabiendas de que, tal vez, se trataba del último monumento al horror de aquel mundo que el progreso orilló a un lado. Perdido, como tantas otras cosas, en la memoria colectiva. De ahí que *El Gulag* sea un álbum tan intenso como lo pudo ser *Tintin en el Tíbet* para su compatriota Hergé. Repleto de obsesiones, envuelto en un aroma de final, exagerado en su visión del heroísmo en contraposición a los tiempos modernos. En suma, una tumba perfecta para acomodar a ese espíritu aventurero del que su autor decidía despedirse. Un hermoso epitafio para describir en qué consiste una vida de aventuras.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

**Aves, de Josechu Lalanda (Ediciones Asimétricas) | por Francisca Pageo**

Josechu Lalanda  
*aves*



Josechu Lalanda, quien nació un día de febrero de 1939 y se crió en plena naturaleza (los Montes de Toledo) durante largas temporadas, es pintor y escultor animalista y ha trabajado de la mano del gran naturalista y divulgador científico Félix Rodríguez de la Fuente, llevando la fauna a diversos programas educativos y culturales, dando así una visión clara y objetiva de lo que la naturaleza nos da y ha dado siempre. En este libro publicado por Ediciones Asimétricas llamado Aves nos ofrece toda una colección de ilustraciones sobre ellas en la Península



Ibérica. De este modo, Lalanda nos acerca el mundo ornitológico para que lo tengamos al alcance de la mano.

La inspiración de Josechu Lalanda, como dice Juan García Millán, bebe de dos fuentes: el romanticismo y la ciencia. Es innegable ver cómo ambas se entrecruzan dando lugar a unas ilustraciones que son puro reflejo de lo que Lalanda no sólo ha visto, sino también de lo que ha experimentado en la naturaleza. Lalanda, así mismo y en esta edición, nos cuenta en sus propias palabras cómo se crió y cómo, desde bien pequeño, a los 12 años, ya tendría un gran talento para el dibujo que sería reconocido por su profesor. Por consiguiente, veremos cómo en los próximos años Lalanda se va haciendo un hueco en el mundo natural y artístico debido a su implacable técnica con la ilustración de la fauna ibérica. Más adelante experimentaría con la escultura y también la añadiría como oficio, dando así una completa visión del mundo animal. Los conocimientos del pintor son profundos en anatomía, en los movimientos, en las costumbres y los gestos de los animales, lo cual nos llevará a ver su trabajo muy completo ya que no sólo nos aporta belleza y armonía para nuestros sentidos, sino que también nos educa en nuestro conocimiento sobre la fauna.

Sus dibujos son cálidos, finos y elegantes. Hechos en su mayor parte en acuarela y tinta, esbozan un medio que muy pocas personas conocen y del cual Lalanda no sólo aprecia y vive, sino que también lo traslada como si no pudiera hacer otra cosa. Su amor por el arte, así como su amor por la naturaleza, nos hace ver el mundo animal de una manera nada llana y ajena, sino espléndida y de aquí y ahora -pues su trabajo es totalmente atemporal. Basta con que salgamos afuera y nos fijemos en el cielo, en los árboles, por encima de un matorral o de los montes, para ver las aves que Lalanda tan bien dibuja.

Es irremediable que después de ver y hojear este libro nos metamos más de lleno en lo que las aves nos ofrecen por su belleza. Ya no sólo las miraremos con más calma, con más precisión y con más alegría, sino que nos acordaremos de Lalanda y nos preguntaremos cuán de bella sería una ilustración suya del ave que observamos. Aves es un libro muy, muy cuidado y especial, de una brillante edición y de una selección que se va nutriendo a sí misma conforme vamos pasando las páginas. Sin duda es un libro que regalaría a cualquier amante de los animales, y da igual la edad del destinatario, porque nos ofrece la naturaleza de manera preciosa y ligera, como las plumas de las aves que observamos.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

**El Golpe de Praga, de Hyman y Fromental (Ponent Mon)** Traducción de Álvaro Nofuentes Hernández | *por Juan Jiménez García*



Hay películas capaces de construir todo un imaginario que permanecerá a lo largo de los años ocupando un espacio necesario. Una necesidad de construir una memoria de un momento que no pudimos vivir, pero tampoco evitar. El final de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, esa especie de despertar colectivo a una realidad aún más escalofriante que la propia guerra. *El tercer hombre* es sin duda una de esas películas, con un Orson Welles capaz de pasar por encima de Carol Reed, su director, e incluso de Graham Greene, el escritor de la novela original. Greene planteaba un asunto interesante. Pese a todo aquello que perdimos con el fuego,

aún había todo un mundo, escondido, formado de sombras, que seguía aprovechándose de ese otro mundo en ruinas. Un mundo en el que los criminales podían seguir siendo criminales y en el que participaban agentes secretos de todas partes. Dobles o triples, si era necesario. El propio Greene sabía mucho de eso, y sobre él mismo, sobre su misterio, que era mucho, se construye este *El golpe de Praga*, de Hyman y Fromental.

Graham Greene llega a Viena para participar en el guión que adaptará su novela, *El tercer hombre*. Allí se encuentra con Elisabeth Montagu, una mujer que supo hacer suyo aquel tiempo que le tocó vivir. Actriz de teatro, también frecuentó el cine, y, en este caso, haría de acompañante vienesa del escritor inglés, encargada por la productora del lejano Alexander Korda. Jean-Luc Fromental construye la historia más fascinado por ella que incluso por el Greene, siguiendo algunos datos reveladores de aquellos tiempos que han aparecido con los años, alrededor de la relación que este mantenía con el MI6, algún famoso espía y turbio personaje. El telón de acero está a punto de caer y es cuestión de ir cogiendo posiciones para evitar quedar en el lado equivocado.

Aquella Europa central abandonada por los nazis (abandonada... tal vez), vivía entregada no solo a la supervivencia (que siempre es cosa de pobres) sino a los negocios, que, en un paisaje en ruinas (también morales) siempre crecen bien. *El Golpe de Praga*, por tanto, solo podía ser una novela negra, un cómic noir, oscuro, lleno de incertidumbres y de preguntas, que poco a poco van encontrando su respuesta, no siempre satisfactoria, no siempre para todos. El dibujo de Myles Hyman nos entrega una ciudad invernal, de colores otoñales, rica en detalles. Pero esa abundancia de detalles también está llena de rincones y pliegues, y tras una Viena crepuscular o una Praga de futuro incierto, se esconde otro mundo.

Hyman y Fromental construyen un cómic sólido, entre la intriga, la aventura, el policiaco o el retrato de un tiempo. Entre la verdad y lo incierto, entre el pasado difícilmente olvidable, el presente que hay que exprimir y un futuro incierto del que surgirá otro mundo, otras guerras, frías, grises, escondidas, menos evidentes. Un mundo del que no logramos escapar los que llegamos mucho después y que, tal vez, aún sigue vivo en sus planteamientos. Todo ello acompañado de los apasionantes retratos de Graham Greene y Elisabeth Montagu, que vivieron todo aquello con pasión, conocedores de estar en un momento no solo irrepetible sino decisivo. El fin del mundo antiguo, el principio de un nuevo mundo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

***Pensar no es buena idea***, de Rafa Maltés (Ediciones Asimétricas) | por Juan Jiménez García



Vivimos en los tiempos del descrédito y la desconfianza hacia la prensa escrita. Ya no es una cuestión de papel o no papel. Simplemente aquello que leemos se aleja cada vez más de esa realidad que vivimos, y, en el mejor de los casos, nuestras querencias por tal o cual medio solo son una cuestión de distancia, sin que nada acabe de convencer. Es inquietante. Sin embargo en casi todos ellos hay un espacio de una extraña credibilidad, lo cual nos lleva a pensar en aquel programa de humor de la televisión británica que fue pionero en dar las noticias desde una visión irónica. Ahora la parodia es más cierta que la realidad. Así, las viñetas gráficas

de los periódicos han tomado el testigo de una verdad que escurridiza. Encontramos en ellas lo que no logramos encontrar en toda aquello que las rodea.

Por otro lado, la ironía es un concepto tan resbaladizo como otro cualquiera. En este sentido, no deja de ser emblemática la obra de El roto, que en su seriedad no deja de ser un sarcasmo que se enfrenta a eso que está, que se nos impone, que se no intenta hacer pasar por lo que hay. Sin solución. E instalado no muy lejos de El roto se sitúa la obra de Rafa Maltés, con todos sus matices, otras querencias y puntualizaciones. Publicadas en el diario digital Nueva Tribuna, se recogen ahora en un libro palpable y deseable por Ediciones asimétricas.

Hay algo en la obra de Maltés que me lleva hasta el grafiti. Al grafiti como expresión política. Como grito callejero y anónimo. Su trabajo sobre la fotografía llevado a una mancha negra, a una sombra, a una intuición, podríamos encontrarlo alguna pared y no nos sorprendería, como tampoco que sus mordaces, incisivos, comentarios formaran parte de otro mayo del 68 que ya no llegará. Los gritos se parecen unos a otros, porque la desesperación, las dudas y los miedos siguen siendo los mismos, ahora como hace años. Sus viñetas no siempre necesitan esos textos para ser entendidas, pero otras se convierten en el hilo necesario que las ata a la realidad. O su contrapunto.

A veces, los gritos son apuntes, reflexiones. Una viñeta, una ilustración que nos hace pensar, en su fugacidad (aunque siempre aspiren a permanecer, a dar vueltas en nuestras cabezas, siempre demasiado ocupadas). Un destello, una confirmación, una intuición. Una invitación a pensar por nuestros medios, sin las evidencias de los textos. Un lugar para el doble sentido, el triple, como los saltos mortales. Otra cosa que ya las noticias no pueden darnos, empeñadas en darlos las directrices adecuadas y las debidas consignas. Cualquier ilustración es una invitación a un momento de silencio. Con o sin texto. Y así, como en aquella voz de la luna, en ese silencio, tal vez lleguemos a comprender algo.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

*Aventuras de un oficinista japonés*, de José Domingo (Astiberri) | por Juan Jiménez García



Un día, sales de trabajar. Trabajas en una oficina. En Japón. Coges tu maletín y caminas. Vuelves a tu cubículo en el que nadie te espera y tú no esperas a nadie. En realidad no esperas mucho de la vida, pero mira por dónde, la vida espera algo de ti. O no. Simplemente juega contigo. Podríamos ser tontamente positivos. Es simplemente que, el día menos pensando, empiezan a ocurrir cosas. Alguna cosa, demasiadas cosas. Unos yakuzas se lían a tiros en la calle y ahí se lían todo. Tu corres y corres y, cuando te das cuenta, te enfrentas a conejos, sectas, yetis, diablos, caníbales y vete a saber cuántas cosas más. No, nuestro oficinista japonés, al menos por un día (o por unos meses), no será un Fernando Pessoa entregado a una visión poética de su existencia gris. Nuestro oficinista japonés pasará una temporada en el infierno.

A un ritmo de dos por dos, de cuatro viñetas por página, de cuatro gloriosas viñetas por página, José Domingo reconstruye una realidad dislocada que tiene

tanto de japonesa que podría ser española. Sí, cierto es que en nuestro imaginario no encajan muy bien los yokais, esos monstruos de formas extrañas, como tampoco ese imaginario kaiju de aparatosos monstruos (de nuevo) gigantescos enfadados con el mundo y enfrentados entre sí. Pero bueno, todo lo demás es parecido. En la irrealidad que nos propone uno se siente bien. La carrera de nuestro hombre gris es bien loca. En una viñeta está contenido el pasado y el futuro, cuya conjunción se llama presente. En sus enormes viñetas, tropezamos continuamente con los detalles. Nos gustaría ir corriendo, saltando de una en otra, pero nos paramos en los detalles. No hay palabras, y podríamos pensar en un gordo y un flaco que son una sola persona. En vez de destruir ellos el mundo, el mundo les destruye a ellos.

Como en aquellos videojuegos de los que bebe, los niveles se suceden, las pruebas son más terribles, el humor más delirante. Las referencias se cruzan como balas disparadas en todas las direcciones. No hay ninguna princesa. Bueno, sí, una, pero cuando la conquista, lleva bonus. La vida es un vómito continuo, un revoltijo de mil cosas comidas. Y en esta sociedad consumista, hemos comido demasiado. Por voluntad o a la fuerza. Y luego, hay gente por todos lados. ¡Hostil! Ni tan siquiera es posible fiarse de los conejos, animales traicioneros. Las viñetas suben y suben. Cosas de los pactos con el diablo para lograr recuperar el corazón perdido del protagonista. Máquina de pinball, hay que seguir golpeando furiosamente la bolita.

Nuestro oficinista no puede pasar desapercibido. El dibujo de José Domingo tampoco. Un mundo lleno de color que no renuncia a la oscuridad, atravesado por la inteligencia de una puesta en escena esencial. En el cine mudo todo nos habla. *Aventuras de un oficinista japonés* tiene muchas lecturas siendo un libro visual. Una de las posibles es la guía de lectura de Gerardo Vilches, que cierra la estupenda edición de Astiberri. Una guía que nos hará volver sobre las viñetas, sobre nuestros pasos, para disfrutar una vez más de las correrías delirantes de nuestro hombre, que parece salido del Minecraft.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

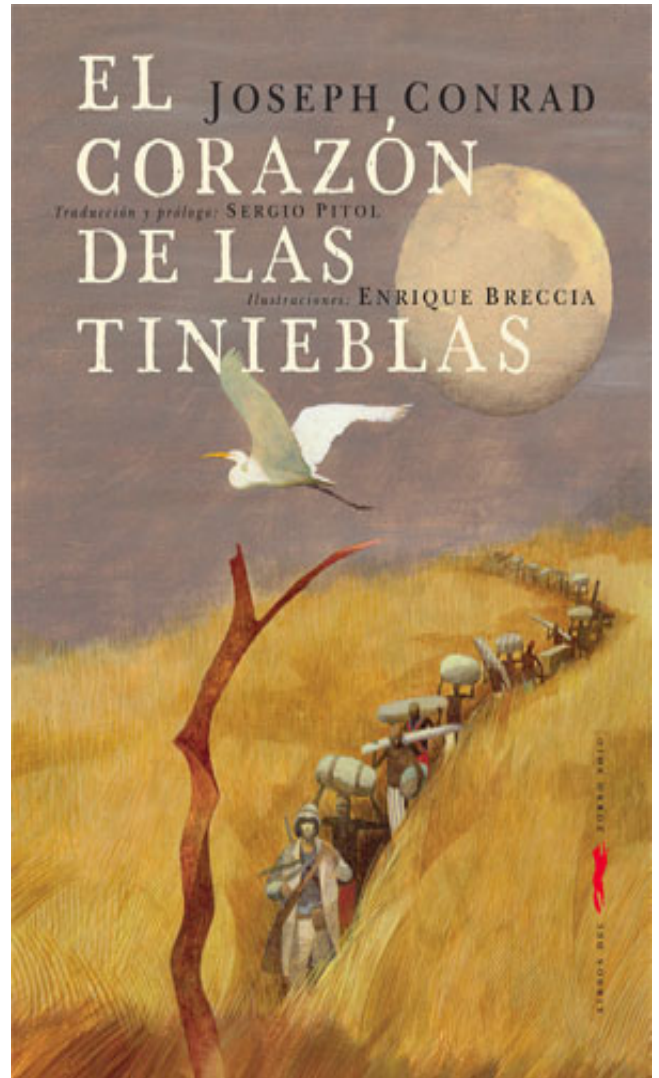
Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---

*El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad (Libros del zorro rojo) Ilustraciones de Enrique Breccia. Traducción de Sergio Pitol | por Juan Jiménez García



Buscamos tantas cosas y tan desesperadamente... Leemos tantos libros y demasiadas veces creemos encontrar obras maravillosas, obras maestras, lecturas imprescindibles,... Necesitamos creer en la belleza como otros necesitan creen en dioses. Muchos o uno solo. O no creer en nada, cosa difícil, incierta. Creemos en esa belleza como algo fácilmente reconocible. Algo que es. Que no admite dudas, porque está ahí, a la vista de todos. Es. Sin embargo, la belleza está tan próxima a lo terrible... Eso debería hacernos desconfiar. Sin esa sombra no puede existir aquella luz. Entonces, pensamos en todas aquellas lecturas que nos han conmovido, aquellas en las que un temor, un miedo indefinible nos ha atravesado. Hemos gastado todos los adjetivos. Y entonces llega un libro como *El corazón de las tinieblas* y ya no nos queda nada por decir. Habría que inventar todo un nuevo lenguaje, devolverle su sentido a tantas palabras,...



*El corazón de las tinieblas* es un viaje a través de la oscuridad. Joseph Conrad utilizará una y otra vez esta palabra o cualquier otra que nos entregue ese destino en sombras. Marlow busca una voz como otros buscan un temblor, algo que nos haga salir de unas vidas confortables, después de todo. El África colonial, la selva, no son más que nuestro destino. El río, esa cicatriz que nos abre de arriba abajo, invisible pero cierta. Piensa que la única manera de explicarlo es decir que no partió al centro de un continente, sino al centro de la tierra. Pero ahí también se equivocaba. Su viaje era hacia el centro de uno mismo, hacia el interior, hacia ese lugar más oscuro. También dice: *Vivimos como soñamos... solos*. Kurtz, su búsqueda, perdido allá lejos, en uno de los finales posibles de ese río, entre la selva, la muerte, los ritos y el marfil, no está menos solo que él.

Marlow descubre que el verdadero motivo de su viaje es oírle (ni tan siquiera verle, solo oírle). *Él era una voz. Era poco más que una voz*. Y sin embargo, esa voz es todo. Todo lo que queda cuando ya no queda nada. Todo un mundo que se hunde, arrastrando tras de sí cadáveres y muerte. Un tiempo primitivo, jugado contra geografías íntimas y naturalezas vivas. Un tiempo para los dioses, para aquellos que tenían que construir el mundo, poner orden en el paraíso, apropiarse de todo aquello que uno encontraba. Y eso solo puede hacerse desde el horror. Última palabra para nombre el mundo. Para transformarlo y ser transformado.

Como Sergio Pitol, tan solo podemos escribir una invitación a la lectura de *El corazón de las tinieblas*. Leerlo es una experiencia personal (sí, todas los son, pero...). Conrad escribe un libro de aventuras africanas, pero en él están encerrados todos los misterios del alma, algo en lo que solo parecían creer los rusos, pero que aquí se convierte en tangible, en algo palpable. Hacerlo en esta edición de Libros del zorro rojo tiene además el añadido de las ilustraciones de Enrique Breccia. En ellas se encuentra el mismo temblor, el mismo enigma. Hay libros que creemos haber leído mil veces sin haberlos leído nunca. Ejercicios pendientes, encuentros una y otra vez demorados. Hasta llegar a ellos, hemos recorrido nuestros propios ríos. Y como ese marinero que habla y habla mientras el barco permanece entre la niebla londinense, sabemos que hemos esperado y vagado por ahí para que, finalmente, llegue un día en el que poder leer sus palabras. He llegado.

[...]

Si no quieres perderte nada, puedes suscribirte a nuestra lista de correo. Es semanal y en ella recordaremos todo lo publicado durante los últimos días.

Correo electrónico | Email address:

Nombre y apellidos | Name:

Suscribir

---